

# Dios desde la perspectiva de la mujer

Bibliografía crítica (1)

Juan José Tamayo\*

## Nuevos modelos de Dios: madre, amante, amigo

LA experiencia es el punto de arranque de la reflexión de la teóloga norteamericana Sallie Mc Fague en *Modelos de Dios*. En este caso, la experiencia se refiere a la nueva sensibilidad surgida del nuevo paradigma que se inicia con la era nuclear y ecológica que estamos viviendo.

(1) Segundo apartado del Boletín bibliográfico sobre Dios.  
El primero apareció en el número 1.177 de RAZÓN Y FE.

\* Doctor en Teología y Filosofía. Secretario general de la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII. Madrid.

Tomo 235 (1997)

RAZÓN Y FE

PP. 91-97

La nueva sensibilidad le lleva a la teóloga norteamericana a elaborar una teología *metafórica* o *heurística*, que se caracteriza por ser: experimental, provisional, «para tiempos de incertidumbre y de cambio» (p. 78); iconográfica, que prefiere operar con imágenes, metáforas y modelos nuevos en vez de caracterizarse por la claridad conceptual de la teología tradicional; pluralista, en cuanto recurre a varias metáforas, pues una sola es incapaz de totalizar la realidad de Dios, y es una forma de hacer teología entre muchas.

Mc Fague se muestra crítica con el modelo teológico patriarcal caracterizado por un lenguaje idolátrico sobre Dios y por atentar contra la vida del planeta (p. 9). Pero no se queda en la crítica o deconstrucción de la iconografía triunfalista de Dios, como es frecuente en determinadas exposiciones feministas, sino que busca modelos alternativos de Dios para superar la idolatría y defender la vida del planeta y propone tres metáforas nuevas para hablar de Dios: *madre*, *amante* y *amigo/a*. A través de ellas se representa «la actividad creadora, salvadora y sustentadora de Dios en relación con el mundo» y se expresa «el amor imparcial, reconciliador y recíproco entre Dios y el mundo» (p. 157).

La imagen de Dios como madre revela a Dios como creador y dador de vida, siendo ésta «expresión de su ser». La imagen del/de la amante, utilizada por los místicos y místicas, expresa el amor apasionado, ardiente y dulce de Dios. La imagen de Dios como amigo/a revela la presencia del compañero fiel a nuestro lado y la necesidad que tiene de nosotros como colaboradores/as para llevar a término y plenitud la creación entera.

Las tres imágenes no son nuevas; tienen su raíz en la tradición sapiencial, se mueven en la tradición joánica y enlazan con San Ireneo, San Agustín, Schleiermacher, Hegel, Tillich, etc.

Mc Fague enriquece su teología metafórica presentando al mundo como *cuerpo de Dios*. «Nos encontramos con Dios en el cuerpo del mundo» —afirma la teóloga— (p. 305). Con esa imagen se pone de manifiesto la necesidad de mediaciones para representar a Dios. «El mundo es nuestro lugar de encuentro con Dios, y esto significa que la inmanencia tiene un carácter “universal”, y su trascendencia un carácter “terrenal”» (p. 306).

## Hablar de Dios como hombre y mujer

*H*ABLAR de Dios como hombre y como mujer es otra aportación sugerente al problema de Dios. La originalidad radi-

ca aquí en que es una reflexión en la doble voz de un hombre y una mujer, esposo y esposa, ambos cualificados teólogos, Elisabeth y Jürgen Moltmann, que exponen en voz alta sus respectivos puntos de vista complementarios sobre Dios, la cruz, las confesiones de fe en Jesús de Marta y Pedro y la nueva comunidad de iguales, a partir de sus propias experiencias como hombre y mujer.

Se trata de dos discursos que emanan de experiencias diferentes, no necesariamente contrapuestas. Como bien observan ambos autores, los distintos puntos de vista de hombres y mujeres «dependen menos de la biología que de sus experiencias sociales» (p. 6).

En base a sus experiencias sociales, el hombre tiende a pensar la realidad conforme a conceptos dualistas: razón *versus* sentimiento, cultura *versus* naturaleza, mente *versus* corazón. La mujer, sin embargo, tiene una concepción unitaria: sentimiento-conocimiento, trabajo profesional-trabajo doméstico.

Las diferentes experiencias sociales dan lugar a distintas formas de vivir y de pensar la fe, no necesariamente excluyentes, sino integradoras. Hay que valorar la riqueza de las diferencias y la fecundidad de la intercomunicación de las diferencias.

Elisabeth Moltmann-Wendel es partidaria de «eliminar para siempre la imagen paternal de Dios que dogmáticamente le vea como padre» (p. 19), ya que el nombre de padre le suena a algo patriarcal y la imagen de Dios-Padre apunta a la trascendencia y a la sublimidad de Dios, ocultando la inmanencia. «Una imagen trascendente del Padre, sin la correspondiente imagen de la madre..., nos ha cerrado el camino hacia la inmanencia de Dios» (p. 20).

Jürgen Moltmann cree que, en contra de lo que parece, el cristianismo no es la religión del padre. Llega a serlo sólo bajo la influencia del patriarcalismo romano, la religión de Júpiter y el derecho paterno. Llama la atención sobre el carácter femenino y la función maternal del Espíritu Santo, en continuidad con la teología trinitaria de Zinzendorf. Confiesa creer «en Dios “Madre”» y orar «al Espíritu Santo, “madre de todo lo viviente”, en el que, con todas las demás criaturas, “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28)» (p. 27). La Trinidad abre el camino para superar la imagen masculina del Dios del patriarcado: todopoderoso, señor, absoluto, apático, autoritario.

Jürgen y Elisabeth reflexionan sobre la teología de la cruz con diferentes acentos. Jürgen resume sus conocidas tesis sobre la pasión de Dios, expuestas y fundamentadas en *El Dios crucificado*. Elisabeth, tras exponer las críticas de la teología feminista a la teología de la cruz y sus propias críticas a la crítica feminista, ofrece algunas pistas para una *teología feminista de la*

*cruz*: la cruz como solidaridad con el sufrimiento, como sufrimiento por el pecado estructural y como símbolo paradójico de la vida.

Las dos voces se muestran de nuevo diferentes y complementarias en los sugerentes comentarios a la doble confesión de fe en Jesús: la de Pedro y la de Marta.

## Dios en clave feminista

TEÓLOGOS y teólogas actuales coinciden en considerar la obra *She who is. The Mystery of God in Feminist Theological Discourse* (de próxima publicación en castellano), de Elizabeth Johnson, como una de las contribuciones más sólidas, creativas, brillantes y eruditas en torno al «Misterio de Dios» (así, por ejemplo, Anne Carr, Leo J. Donovan, Elizabeth Schüssler Fiorenza).

El punto de partida de la teóloga norteamericana es el carácter histórico, temporal y culturalmente cambiante del lenguaje sobre Dios, a través del cual se expresa el misterio insondable de la divinidad. A su vez, el misterio de Dios trasciende toda representación imaginable y se resiste a ser encerrado en cualquier registro conceptual o verbal. «Si comprendes –dirá San Agustín– no es Dios». Los conceptos utilizados para hablar de Dios deben ser abiertos; no tienen por qué restringirse a los que emplea la Sagrada Escritura ni a los acuñados por la tradición. Éstos han sido en su mayoría masculinos y se han empleado de manera *exclusiva*, en sentido *literal* y en una perspectiva *patriarcal*.

Se aplican a Dios de manera *exclusiva* olvidando o marginando metáforas femeninas o imágenes tomadas del mundo de la naturaleza. Un ejemplo claro son los nombres masculinos y el pensamiento masculinizado de las oraciones litúrgicas: Nos dirigimos al *Padre*, a través del *Hijo*, en la unidad del *Espíritu Santo*.

Se aplican a Dios *literalmente*, considerando la masculinidad como esencial al ser divino. Se olvida así que, según la más sólida tradición teológica, Padre e Hijo son nombres que designan relaciones.

Se aplican a Dios *patriarcalmente*. El varón se convierte en paradigma para el símbolo de Dios. El misterio divino es presentado en sus funciones de monarca, señor de señores, rey de reyes, a quien hay que prestar obediencia, conforme al modelo de relación asimétrica señor/esclavo, dominio/sumisión. El monarca-patriarca todopoderoso es presentado a veces con un toque de

magnanimidad y misericordia. Es un patriarcado benevolente, pero en el fondo sigue siendo patriarcado.

E. Johnson lleva a cabo un proceso de deconstrucción de ese lenguaje patriarcal, que está en el sustrato del sexismo, y busca nuevas imágenes capaces de enriquecer el discurso sobre Dios, poniendo el acento en las que surgen del ámbito de las mujeres en cuanto icono de Dios, imagen de Cristo y templo del Espíritu Santo. Muestra cómo las mujeres han sido creadas a imagen y semejanza de Dios, redimidas por Cristo, santificadas por el Espíritu Santo; viven inmersas en la tragedia del pecado y en el misterio de la gracia; están llamadas a trabajar por un orden justo en este mundo y destinadas a la vida con Dios en la gloria.

Sin embargo, la identidad teológica de las mujeres como imagen de Dios está en contradicción con la realidad histórica de las mujeres, que viven bajo el régimen opresor del sexismo, contrario al plan de Dios y atentatorio contra la dignidad humana de las mujeres, pero, a su vez, omnipresente en la sociedad, en la teología y en las iglesias.

El proceso de construcción del nuevo lenguaje sobre Dios aparece ya en el propio título de la obra: *La que es*. Se trata de una traducción revolucionaria del texto de la zarza ardiendo («Yo soy el que soy», Ex 3, 14), que E. Johnson cree *lingüísticamente posible, teológicamente legítima, existencial y religiosamente necesaria*. Continúa con la recuperación de la imagen bíblica de la Sabiduría aplicada a Dios. Dios puede ser confesado como *Madre-Sabiduría*. Así se subraya la solicitud por sus hijos e hijas, especialmente los/as más débiles.

El discurso de E. Johnson sobre Dios constituye una alternativa al lenguaje sobre Dios sustentado en un mundo de imágenes y estructuras férreamente patriarcales, que ha excluido o subordinado a las mujeres. A través de él intenta contribuir a la causa de la liberación de las mujeres, a la defensa de la creación y a la felicidad de toda la humanidad.

## Cuando las mujeres dicen «Dios»

EL libro *Le donne dicono Dio* recoge las aportaciones de unas Jornadas de reflexión celebradas en Milán en noviembre de 1994 y organizadas por los colectivos «Proyecto Mujer», «Grupo Promoción de la Mujer» y Ediciones Paulinas Italianas. La clave de aproximación al misterio de Dios aquí es, como en el libro anterior, la *hermenéutica feminista*, tanto filosófica como teológica.

Dicha hermenéutica parte de una de las mayores revoluciones del siglo XX: el descubrimiento de la subjetividad de la mujer, llevado a cabo por las propias mujeres no sin una tenaz resistencia proveniente del pensamiento androcéntrico y de las estructuras sociales patriarcales. La subjetividad de la mujer sólo ha sido pensable virtualmente gracias a la Ilustración, si bien ésta no desarrolló sus virtualidades feministas presentes en ella.

Pero la subjetividad femenina no es un descubrimiento abstracto; tiene su reflejo y sus consecuencias a la hora de hablar a Dios y de Dios, y a la hora de experimentar a Dios. Existe una estrecha relación entre el devenir sujeto de las mujeres —antes sometidas a la voluntad de Dios y dominadas por el poder de los varones— y su pensar y vivir a Dios. El nexo entre Dios y mujer lleva a preguntar qué piensan las mujeres de Dios y qué dicen cuando intentan decir «Dios». En otras palabras, uno de los principales desafíos que tiene delante la teología feminista es cómo hablar teológicamente de Dios desde la experiencia religiosa de las mujeres. Uno de los lugares privilegiados desde donde responder a este desafío es la *plegaria*, lugar de apertura a Dios, de escucha de lo Originario (Heidegger) y de su Palabra.

El pensar, el decir y el vivir a Dios de las mujeres no puede limitarse a reproducir los rasgos de Dios elaborados conforme a la subjetividad de los varones. Hay que huir del peligro de reproducir en femenino la apropiación que de lo divino han hecho los hombres. Precisamente uno de los méritos de la teología feminista está en haberse tomado en serio el problema de la imagen y semejanza de Dios en el ser humano, en su doble manifestación: masculina y femenina, y muy especialmente el de la imagen y semejanza de Dios en la mujer.

Carla Ricci desarrolla la idea de la dualidad hombre-mujer, subrayando su importancia en relación con la experiencia de Dios. La dualidad hombre-mujer es espejo de la realidad de Dios, remite a su imagen y pertenece a la esencia constitutiva del Ser Infinito. Está presente en la encarnación, especialmente en María, que espera al hijo de Dios. Se manifiesta en el propio Jesús y en su relación con las mujeres, sobre todo en la relación privilegiada con María Magdalena.

Las mujeres dicen (a) Dios, experimentan a Dios, pero no en abstracto, sino en el encuentro con Jesús de Nazaret. Dicen (a) un Dios encarnado, muerto, resucitado. Estamos ante la paradoja y el misterio de la presencia de lo divino en lo humano, que las mujeres experimentan, a su vez, paradójicamente y misteriosamente. El Dios hecho ser humano habita entre nosotros y se encarna en una cultura determinada, pero nos trasciende y va más allá de toda cultura. Vive en una región geográfica determinada y en el ámbito

de una familia, pero trasciende las determinaciones locales y familiares. Vive en una época concreta, pero va más allá de todo tiempo. La verdad divina se traduce en la parcialidad de las diferentes culturas. El Infinito indecible e inaudible se torna Palabra dicha y escuchada. El Infinito se hace finito en el cuerpo de una mujer.

La teología feminista se ha desarrollado en dos fases: la primera se ha caracterizado por la denuncia del androcentrismo y del patriarcado; la segunda, por la construcción de una alternativa. La obra italiana que comentamos se sitúa ya claramente en la fase de construcción de un nuevo modo de hablar de Dios, de decir «Dios» y de vivir a Dios a partir de la experiencia de las mujeres. Ahí radica su mérito principal.

Pero esta nueva fase de la teología feminista no debe desconocer la tradición; ha de contar con ella y recorrerla críticamente; no ha de tomarla como modelo de pensamiento o receta a reproducir, y menos aún, como depósito de pensamiento ya pensado; pero sí ha de tenerla en cuenta como fuente de inspiración para pensar. «Es necesario un cuerpo a cuerpo dialéctico con la tradición», asevera María Cristina Bartolomei, cargada de razón.